A bajamar

Pellizcándome

MANUEL FERNÁNDEZ

Durante los últimos días, después de abrir las páginas del periódico y leer algunas de las cosas que dicen que van a pasar en Gijón, me pellizco una y otra vez para convencerme de que no son sueños. Así que ando con los brazos llenos de moratones. No es para menos. Que en setenta y dos horas, en la Casa Consistorial hayan asumido tres de las ideas que vengo defendiendo de forma insistente y sistemática: la construcción de piscinas de agua salada en la zona que va desde el Sanatorio Marítimo hasta El Rinconín, la potenciación del edificio de la Universidad Laboral como corazón del campus y el soterramiento de la playa de vías desde la estación de cercanías hasta la de largo recorrido, es como para leer y no creer.

Juro y perjuro que hace unos cuantos días que no hablo con **Ramón Fernández-Rañada** –de quien tengo el lujo de ser amigo desde que en su «zulo» de la calle de Fruela recibí mi primera lección de política democrática de boca del fascinante **Antonio García Trevijano**, en aquellos tiempos en que hablar y escribir sobre libertades estaba prohibido en este país– y que tampoco hemos establecido estrategia alguna para que algunas de mis ideas –utopías, según algunos, por ser imposibles de pasar de la teoría a la práctica– sean incorporadas al documento de actualización del Plan General de Ordenación Urbana de Gijón. Pero el sorprendente hecho es que ahí están y que –por una vez y espero que no sea la última por el bien del futuro urbanístico de la ciudad– el PSOE e Izquierda Unida han aceptado la propuesta del Partido Popular de estudiar con prudencia y a fondo las diversas posibilidades económicas que existen –para las técnicas no existen grandes problemas– para que Gijón no siga eternamente dividida en dos de una forma anacrónica.

Reconocer los errores y rectificar es de sabios. Si no se hizo hace doce años cuando gobernaba el PSOE y se optó por la solución menos imaginativa, a la hora de construir las dos estaciones ferroviarias, pues algún día habrá que tratar de enmendarlo.

Acostumbrado a que los políticos pasen de ti, la verdad es que el hecho de que te hagan caso es como una señal para dejar de opinar.